

LA INDUSTRIA ANTE EL ARTE

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Una joven y pujante empresa industrial peruana ha creado, hace unos meses, dos premios bienales de S/. 20,000 soles cada uno, para la arquitectura y la pintura respectivamente, que de manera alterna serán entregados a sus ganadores el mes de marzo de cada año. La firma es "Tecnoquímica S.A." y a su cabeza se hallan dos hombres, jóvenes también como la fábrica que dirigen y animan, los señores Mario Piacenza y Patricio de Almenara. La verdad es que hechos como éste (la destinación de una suma de dinero al fomento de una actividad artística que sólo tiene que ver indirectamente con los propósitos esenciales de los donantes) son en otros países algo corriente. Los industriales tienen consciencia allá de que el desarrollo integral de una comunidad, económico y cultural al mismo tiempo, suscita el progreso de la industria, porque la relación de producción y consumo es de efecto recíproco, y que estimulando todos los aspectos positivos de la vida social se trabaja por la propia prosperidad y por la prosperidad de los demás. Si a las mayorías se les provee de todo aquello que eleva el nivel de la existencia en función de un principio justiciero, enseñándoles también a distinguir la belleza enterañada en la obra de arte, la resonancia de dicha dación se cumple en una demanda de todo, cada vez más amplia y exigente. Es todo esto, por cierto, una verdad de Perogrullo.

Aquí, lamentablemente, las verdades de ese personaje que encarna el sentido común y formula la experiencia ajena, resultan a veces revolucionarias, como en el orden de los premios al arte concedidos en el caso que hablamos por "Tecnoquímica S.A." y en otros pocos por escasos mecenas, y merecen por supuesto ser convenientemente destacadas. Y ello tanto porque son singulares cuanto porque pueden orientar a otras entidades y personas capaces de imitarlos a comprender que no todo debe ser la publicidad inmediata y vocingleramente expresa. Es obvio que el grado de adelanto de una nación no se mide por el valor mercantil de sus transacciones, por la magnitud de las obras que emprenden sus organismos públicos y privados, por el tamaño, la excelencia, la importancia, etc., de sus realizaciones materiales, sino también por la vigencia que tiene la cultura —sus creadores y el público a la que va dirigida— en la vida simple y diaria. En el Perú la existencia de los artistas e intelectuales es paupérrima. Cuando se quieren sobrepasar las dificultades inherentes al ejercicio artístico, ello tiene que ser con sacrificio de la vocación. En caso contrario, el precio que se pagará por la lealtad a la causa del espíritu que el creador, el pensador o el investigador encarnan será muy alto, muy duro. El cuadro —si, de otra parte, la miseria reina en sectores donde es más visible y aún más patética que en el de la cultura— resulta desgarrador.

A la indiferencia del Estado en lo que respecta a recompensas para el arte se opone en compensación la inteligencia de los hombres de visión clara que luchan por sacar, mediante la industria, al país de su marasmo, los hombres que como Mario Piacenza y Patricio de Almenara, fundadores de los premios bienales "Tecnoquímica S.A.", han intuido seguramente que es preciso dar para recibir, que también es necesario tender la mano en el ademán solidario del que provienen generalmente la unidad y la paz de una sociedad.